

Saúl ante Samuel (1980)

DE JUAN BENET



EDITORIAL CÁTEDRA. COLECCIÓN LETRAS HISPÁNICAS
1994

Con el fallecimiento de Juan Benet el 5 de enero de 1993 desapareció una de las personalidades literarias más influyentes de la posguerra española. Durante tres décadas logró transformar el rumbo de la novelística peninsular de manera profunda y decisiva dejando una estela de seguidores cuya propia obra revela ciertas afinidades y resonancias con la obra benetiana. Con *Saúl ante Samuel* reafirma su creencia de que el estilo es la manera principal de elaborar un mundo ficticio. Dos *leit-motiv* recurrentes en toda la obra de Benet cobran protagonismo en esta novela: la guerra civil española, cuyos acontecimientos influyeron desde muy niño en el autor, y las resonancias bíblicas personificadas en las figuras del valeroso y temerario Saúl, frente al perpetuo contemplador que es Samuel. Ofrecemos cinco fragmentos sobre motivos arbóreos que muestran claramente el estilo.

"A primera impresión se trataba de un río en ciernes, enigmático, furtivo y avaro y dominado, en su curso alto, por su aversión a las vegas y un montaraz pudor que le impedía dejarse ver por los ojos del hombre. Pero apenas llevaba agua, ni siquiera en los días de lluvias torrenciales. Sin duda conoció, durante la regresión terciaria, épocas de grandeza de la que al menos había podido heredar un nombre de alcornia fluvial; pero el que un día fue uno de los señores del desagüe meridional de la cordillera había de perder hasta el apellido, traicionado y arrinconado por su gemelo occidental, fosilizado en sus tortuosos y estrangulados meandros, los profundos cortados en la caliza y las calladas muestras de su pasada y violenta erosión. El basculamiento de todos los pisos altos hacia el litoral del mar mioceno había abierto un angosto entrante en su curso medio; la glaciación y la erosión habían consumado el resto de la captura de su escorrentía por el vecino emisario, dejando aquel cañón enjuto y en alto, sin otras aguas que las negruzcas lágrimas de sus empinadas laderas".

"Ni siquiera llegaron a cruzar el arroyo al que sólo descendieron unos pocos hombres para rellenar las barricas y cantimploras. El fondo del valle se halla cubierto de ese pegajoso, denso y brillante jaramago -de hoja verde cerúlea, pardo en su proximidad, negro mate, con puntos brillantes como un bloque de antracita, en la lejanía- que plagado de insectos durante la estación seca parece ponerse en resonancia; una sombría mancha sin límites en la que no se distingue una sola vereda, sin calvas ni accidentes ni otra vegetación que el monte bajo, cuya topografía es denunciada por el brillo de los esquistos o el espectral aislamiento de algún añoso enebro, o un desordenado y mutilado pino, su copa reducida al astillado ramaje invadido de un decadente arañuelo tan salpicado de agujeros como las túnicas y velos de las momias. Y el escudo calizo, cortado por el cañón, unas tablas de roca huesuda, triturada por la intemperie, entre cuyas cárcavas asoman las silbantes antenas del tomillo. En aquel otoño y la primavera siguiente -algunas de

Rincón literario

las fuerzas republicanas que mediante una serie de contraataques en escalón trataron de desalojar al enemigo de sus posiciones en el puerto, atravesaron de pasada aquel valle pero en modo alguno hicieron un uso decidido de aquel camino que, con gran economía de trayecto, les habría permitido alcanzar el divorcio de las aguas y las vertientes septentrionales para situarse a la espalda de aquellas codiciadas líneas."

"Cómo no voy a recordarlo, a partir de ahora, pues sin duda allí se produce -en el salto del niño- una de las primeras yuxtaposiciones del deseo al acontecimiento fortuito: los chopos retuvieron su aliento, un mirlo rezagado desapareció tras una cornisa y un niño echó a correr lanzando un grito cuya nota perdería un semitono en la carrera. Había un corpulento olmo con una desvañecida capa de cal que rodeaba su cintura, situado entre la tapia de dos colores -del color de los nubarrones la faja inferior, de color pimentón la superior, con grandes calveros blancos que denunciaban la antigüedad y descomposición de su enlucido- y el borde del camino, cuyas raíces obstruían la cuneta -en tierra negra, tapizada todo el año de una hierba grande, fresca y malsana cuyas hojas llegaban a acariciar las sedientas piedras y arenas del macadam, sólo superadas en altura por los violentos matojos y ortigas del borde de la tapia donde durante el día se ocultaba aquel sapo que las noches de verano acudía a la casa a escuchar la radio, erguido, con las patas delanteras apoyadas en el zócalo y una firmeza particularmente respetuosa hacia los acordes del himno del general Capaz -como para dar a entender que el fin de aquella no era tanto guiar las aguas entre el camino y la finca cuanto venir a limpiar, refrescar y poner al descubierto el poderoso y nubio máculo subterráneo - mejor exponente de su aún juvenil vigor que el amplio pecho del tronco, surcado de profundas grietas donde se cobijaba un líquen amarillento, entre motas y manchas cenicientas, rota su corteza como una minúscula reproducción de aquella desolada meseta donde había venido a nacer, para prolongar con la más solitaria energía la

extinción de su especie- expuesto ante una muchedumbre de chiquillos -que lo aprovecharon todo, para depositar mensajes en una oquedad de su primera horquilla, para magnificar bajo su sombra el despecho de una tarde de castigo o mitigar los efectos de una precoz autovacuna amorosa- como único ejemplar capturado de una invicta raza, que en su lugar de cautiverio adormece su espíritu evocando el orgullo de sus hermanos, ocultos en su reino nibelungo y cuyo ramaje por un lado abría un amplio, brioso y delicado baldaquino sobre la tapia (al otro lado de la cual un sempiterno asno (allí olvidado por Jacob en uno de sus seculares sueños) se acogía a su sombra (emblema de una eternidad que sabía correr por encima de todas las estaciones para desembocar en un día tan familiar y carente de especial importancia como será el del fin del mundo para rumiar su forraje) y por el otro -pues el camino corría en paralelo a la tapia hasta el quiebro de ésta y a partir de allí una amplia curva engañosa curva que con más autoridad que el sol inauguraba y clausuraba nuestras estaciones, que engendró y disipó tantos equívocos y abrió nuestra niñez al ministerio y la espera."

"No existió aunque ocurriera a diario, sin fuerza ni ánimo para desertar de la espera. En un lugar de nombre cualquier un intrascendente suceso se sumaría al grito de un niño y quedaría cancelado cada día con una descarga en el extremo de la tapia, más allá del único olmo que había respetado la guerra, a cuya sombra se detuvieron el alcalde y sus verdugos, sin prisas para llegar al lugar de ejecución. Pero el visitante, antes de ser identificado, llegó a ocultarse totalmente tras el macizo de hiedra que después de sobrepasar la tapia había saltado sobre el extremo de la rama de una acacia callejera, que en su aislamiento había resistido su acoso durante más de una década; pero su crecimiento y su curiosidad la perdieron porque apenas hubo de asomar sobre el jardín, el bífido renuevo trazando una hélice logró engancharse a ella para castigar a su atrevimiento y escapar de aquel lugar. Poco tiempo hubo de necesitar para invadirla; apenas sus hojas y

espinas asomaban a través de la fronda de hiedra que tras conquistar su tronco se había encaramado hasta su copa para desde allí en mutiladas y suspensas cascadas descender de nuevo a tierra por sus decrepitos miembros, vencidos por una carga que llegó a destiempo. También la hiedra había abrazado el pie de fundición de un abandonado velador que había perdido el tablero de mármol, ávida de retener entre sus brazos aquel incombustible regalo del más allá, más precioso que todo el reino vegetal, que guardaría con salvaje, ebrio y no-mercantil superstición; en cambio, hacía tiempo que había devorado los restos de un barco de madera, que inútilmente se habían despojado de su uniforme blanco. Aunque todo el jardín había vuelto atrás no sería para recobrar la indómita alegría que le habría brindado la naturaleza con su liberación -sin restricciones ni macizos ni sendas ni animadas voces infantiles en el crepúsculo sin padres- sino a la banal senilidad que perdido origen y destino, en la huérfana profusión de tallos y raíces y semillas que apenas despertadas de su sueño se abrirán a la fecundación para contemplar su caída en la viciosa saturación de la muerte. Era un día de mayo, infecundo, triste y estañado cuando el cielo -como un diván despojado de su tapicería- muestra el respaldo de borra donde descansa un apático, atérmico y pretérito siempre; un día en el que toda la energía de la primavera conociendo de antemano la inutilidad de su esfuerzo, se recrearía en parodiar sus propias exequias, con negros caireles y dorados lambrequines. Hacía tanto tiempo que el jardín no había recibido ningún cuidado que no se podía decir ni que estaba desaliñado ni que había vuelto a un hipotético estado salvaje. Toda su vegetación había crecido encerrada, sabiendo que podría desarrollarse hasta ciertos límites, que no estaba incluida en las mismas premisas que sus hermanas naturales, que se hallaba dominada por la casa y que todo su pulso, su savia y su energía había de acomodarse a un ritmo y unos números salidos de un orden mundano, y que un día, tras un soplido, un lunes de un mayo negruzco y desaromatizado, en una explosión de polvo de expiación de polen se

hará cargo del secreto que la tapia había guardado tan celosamente."

"Era un día plomizo y pesado, que no se decidía a descargar su lluvia, el cielo convertido en una caja de ratones. Uno de esos días de presagios, para los antiguos; de víctimas, por supuesto; una columnilla de humo que se eleva de su castro, camuflada en las tonalidades de las nubes, una corneja que hace ala desde un roble desnudo hasta otro

de cuyas ramas más bajas cuelgan aún unas hojas secas, mostrarán la huella del paso de un designio invisible -de un mar tráfuga, la memoria del cual el reino vegetal parece haber sublimado con mayor delicadeza que el animal- que dejara su mancha una vez cuajada, unos pocos flotantes paños que han recibido la extremamenstruación y arbustos que en el invierno levantan sus brazos escuálidos para implorar lo que tan voluble como inconscien-

temente prodigaron en verano; una naturaleza descontenta de sí misma y hastiada de su pervivencia, reñida con la memoria universal, que -por haber seguido sus consejos y verse a la postre envuelta en el mal paso de la evolución sin cambios, del movimiento en la quietud, en la obediencia al código- levanta como protesta su puño a un Tiempo que ha frustrado sus delirios catastróficos."